

TEMAS DE DEBATE

Pasado mañana se celebran las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Hasta ahora la participación electoral ha sido prácticamente la más baja de todos los países con democracias consolidadas. Y los expertos aseguran que la tendencia es a una mayor abstención. Sin embargo, la gestión de Bush ante los tristes acontecimientos del 11-S, y el antecedente del 14-M español, que registró una excepcional participación, pueden hacer prever un cambio de tendencia. Es una incógnita.

ANÁLISIS: ALFRED STEPAN Y ENRIQUE OCHOA

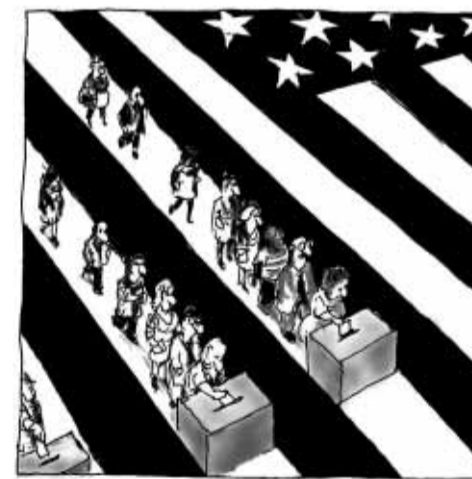
El federalismo al estilo americano

Estados Unidos registra uno de los índices más reducidos de participación electoral entre las democracias del mundo. Si se examina la composición de la ciudadanía según su nivel económico y de educación, EE.UU. es posiblemente la única democracia en la que a cada categoría que se desciende en la escala socioeconómica, baja la participación electoral. Pese a las libertades civiles de los años sesenta, muchos aspectos institucionales del sistema estadounidense coadyuvan sistemáticamente a promover un escaso índice de participación, especialmente entre la población pobre y las minorías. Es el caso, por ejemplo, de la tradición de celebrar las elecciones federales en jornada laborable y no en día festivo.

Fijemos ahora nuestra atención en el tipo de federalismo norteamericano. Los procedimientos electorales están notablemente descentralizados y politizados y revelan aún parte de la herencia de las batallas constitucionales entre los derechos de los estados y la cuestión de la esclavitud. Obsérvese que prácticamente ninguno de los factores *inhibidores* del voto del sistema federal estadounidense existe en otros sistemas federales o autonómicos como los de Alemania, India o España.

EE.UU. posee una de las poblaciones del mundo democrático que más se desplazan geográficamente. Cada vez que los votantes abandonan su condado (Florida, por ejemplo, cuenta con 67 condados), pierden su inclusión en el registro y han de volver a registrarse. Hasta algunas reformas recientes, el plazo medio para volver a registrarse era de dos años. Algunos estados estipulan que los ciudadanos se registren como mínimo 50 días antes de la jornada electoral, aunque otros permiten registrarse el mismo día de las elecciones. En el sistema federal estadounidense, muchos estados confían la supervisión de las elecciones no a comités jurídicos independientes, sino a jueces elegidos o, a menudo, a funcionarios de marcadas tendencias partidistas. En Florida, el supervisor principal de las elecciones presidenciales del 2000 fue la secretaria de Estado de Florida, Katherine Harris, que además era una de las codirectoras de la campaña electoral de George W. Bush. Estados y condados tienen una gran autonomía en el diseño de las papeletas y de los tipos de máquinas de voto que se emplearán en la jornada electoral. Algunos de los condados más pobres han adquirido máquinas potencialmente defectuosas o susceptibles de manipulación.

Existen, además, diferencias sobre cómo los estados y los condados regulan la privación del derecho de voto. Siete estados —incluyendo Florida y Texas— poseen leyes penales que excluyen del voto durante el resto de su vida a todos los ex presos, a menos que hayan satisfecho una serie de complicados requisitos para solicitar la rehabilitación de su derecho de voto. Las severas leyes estatales y unas tasas crecientes de penas de prisión han llevado a que actualmente 1,4 millones de ciudadanos negros (hombres) no puedan votar en EE.UU. Sólo en Florida, este porcentaje alcanza el 31%. También en este caso existen grandes diferencias entre estados. Maine y Vermont autorizan a votar a los internos de las cárceles y no poseen una legislación penal relativa a privación del derecho de voto. Por el contrario, algunos estados y condados —que, afortunadamente, han empezado a ser llevados a los tribunales— se toman la libertad de purgar de sus listas del censo a los ciudadanos que no han ejercido en fecha reciente su derecho de voto. La batalla por la introducción de unos procedimientos electorales más equitativos, transparentes y unificados en Estados Unidos deberá proseguir e intensificarse en los próximos años.●



A. STEPAN, profesor Wallace Sayre de Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia, Nueva York
E. OCHOA, doctorando en Ciencias Políticas de la misma universidad
Traducción: José María Puig de la Bellacasa



ILUSTRACIONES: KRAHN

temporánea del mundo desarrollado. Es cierto que el abstencionismo no favorece tan marcadamente unas opciones políticas sobre otras, es decir, se da más entre ciudadanos que se declaran independientes que entre republicanos o demócratas. Ahora bien, hay estados claves cuyos resultados son decisivos para el resultado final, en las que ciertas minorías que no participan votarían en mayor medida por el candidato demócrata. Esto es especialmente pronunciado con los afroamericanos, si bien se compensaría con la movilización del abstencio-

nismo hispano prorrpublicano de otros estados. De todos modos, este marcado perfil del no participante hace que los políticos, sus preocupaciones y su agenda política no consideren importantes necesidades que afectan a numerosos colectivos de la sociedad norteamericana.

Las explicaciones sobre este fenómeno abstencionista han sido diversas. Por ejemplo, una muy común es atribuirlo a la necesidad de tener que registrarse. Este aspecto influye algo, no cabe duda, y así lo demuestra el hecho de que en ciertos estados haya aumentado la partici-

pación al permitir el registro en el mismo momento de ir a votar. Sin embargo, no puede olvidarse que en muchos casos se trataba de estados con un nivel de participación paupérrimo. Además, como se ha dicho antes, el abstencionismo ha aumentado más entre los ciudadanos que se registran.

Según estimaciones, la desaparición del registro previo haría aumentar la participación electoral entre un 10 y un 15 por ciento. Esto nos deja ante un panorama todavía bastante bajo. Se apuntan otras razones, como la baja competitividad electoral que se da en muchos estados donde predomina un partido u otro, el efecto negativo de la ley electoral, la presencia de sólo dos opciones mayoritarias que limitan la posibilidad de elegir, el enorme tamaño del país, y otras más que hacen referencia a las instituciones de la democracia norteamericana. Las evidencias empíricas que se presentan para mostrar estos efectos son muy poco concluyentes, y en cualquier caso no ayudan a entender el fenómeno del creciente de-

LA ABSTENCIÓN es sustancialmente superior a la que se produce en cualquier otra democracia

clive en la participación electoral. Existen, sin embargo, otras explicaciones que presentan evidencias más concluyentes y que podrían dar mayor respuesta a la falta de participación y al proceso del declive participativo.

Primero, el creciente proceso de desafección política que está afectando a la sociedad norteamericana. La falta de motivación que esto genera parece ser un factor explicativo importante.

Un segundo aspecto, relacionado con el anterior, lo constituye el creciente deterioro de la vida organizativa de los norteamericanos, es decir, la disminución de la participación activa en asociaciones de todo tipo, incluyendo las religiosas, las cuales han constituido en ese país motores vitales del activismo político de todo tipo. Finalmente, y en consonancia con lo anterior, se atribuye a la creciente debilidad de las maquinarias de los partidos en Estados Unidos.

Como se ha demostrado en un estudio reciente, la variación por estados en el grado de organización y actividad de los partidos políticos se corresponde con los niveles de participación electoral presente en cada uno de ellos. Y es que, sin partidos, no puede haber una democracia representativa que vele por los derechos de todos los ciudadanos y no de sólo unos pocos.●